



# Primavera en un olmo

Texto: **Ataúlfo Sanz**

Ilustración: **Ana Fernández** (@Lusaneartisan)

**C**lareaba en Sevilla. Ajena a todo, Lola se había acurrucado en el otro extremo del diván y dormía feliz y segura, con el sueño pesado y la respiración acompasada de quien tiene el alma en paz y la conciencia tranquila. Por el contrario, Antonio llevaba toda la noche casi sin dormir, nervioso como un niño ante su primer día de cole, o como un opositor antes de examinarse.

En su cabeza resonaba todo el rato una vieja canción de su juventud que aunque quería, no podía quitarse de la cabeza: "Todo el mundo sabe que es difícil encontrar, en la vida un lugar donde el tiempo pasa cadencioso sin pensar y el dolor es fugaz. A la ribera del Duero, existe una ciudad...".

Hacia meses que las cenizas de sus padres esperaban pacientemente sobre el mueble del salón a que Antonio encontrase el momento ideal para llevarlas a su último destino, pero la pandemia primero y el trabajo después le impedían cumplir la promesa que se hizo cuando fallecieron. Ahora, la pandemia daba una tregua y en su trabajo, un nuevo ERTE le obligaba a estar parado por tiempo indefinido.

En pleno mes de enero, viajar a Soria era cuanto menos temerario, y más viviendo en la cálida Sevilla. Cincuenta años atrás, los padres de Antonio habían hecho el camino inverso, azuzados por la falta de oportunidades y la escasez de recursos en

su tierra. Él ya era sevillano, pero con la gracia justa y el carácter serio que tenían sus padres.

A pesar de no haber pisado Soria más de tres o cuatro veces, siempre por acontecimientos familiares y no siempre agradables, Antonio se sentía más castellano que andaluz. Le enamoraban los álamos de la ribera; el olmo seco y hendido por el rayo; el río Duero, irreductible en una tierra cada vez más árida y la ciudad de Soria, fría y pura, con sus “colinas plateadas, sus grises alcores y sus cárdenas roquedas”, azotada por el Cierzo y la despoblación.

Además del paisaje, Antonio era también un apasionado de la gastronomía soriana y degustaba siempre que podía cualquiera de los platos típicos o no tan típicos de esta provincia. Su madre hacía frecuentemente las migas de pastor y el jueves de carnaval (“jueves lardero” como ella decía), comían con fruición huevos fritos con chorizo y lomo, como hacían en Soria. Sin embargo, en Sevilla no era fácil acceder a los afamados torreznos o la mantequilla soriana.

Cuando la dichosa pandemia llamó a su puerta y silenciosamente se llevó a sus padres, tuvo claro que sus cuerpos, o más bien lo que quedara de ellos tras la incineración, descansarían en la tierra soriana que tanto amaban.

En un principio, Antonio pensó viajar en tren, pero el transporte público no estaba entre las mejores opciones para desplazarse a Soria y por eso decidió sacar del garaje de su padre el viejo Seat León, que habían comprado en su día porque llevaba el apellido familiar y eso a su padre le daba mucha seguridad. El coche estaba bastante desactualizado, pero él lo limpió bien y lo puso a punto para que al menos no le dejara tirado a la primera de cambio.

A Lola el Seat León le traía muy buenos recuerdos. Antonio lo supo en cuando vio que el animal saltaba de alegría rodeando el coche y ladraba sin parar como queriendo decir que también añoraba a los que fueron sus dueños. La perra tenía ya más de diez años y había vivido toda su vida con los padres de Antonio. Ahora era parte de su herencia familiar, un recordatorio vívido de lo que había perdido durante la pandemia.

Lola subió al coche moviendo la cola y se acomodó sin prisa en el asiento de atrás sobre el que todavía había extendida la vieja manta de cuadros rojos y verdes que su madre utilizaba para protegerse del frío cuando iban de viaje.

Después de varios intentos, el viejo Seat León comenzó a rugir como si acabara de desperezarse tras un largo letargo y Antonio, dejando el motor encendido, aprovechó para cargar las urnas con las cenizas y su maleta.

A pesar de haber amanecido ya, el sol todavía no calentaba lo suficiente y el contraste entre la temperatura interior y exterior hacía que los cristales del coche se empañasen todo el rato. Siguiendo el ritual de los viajes con sus padres, Antonio paró en Córdoba para el primer café y en Alcázar de San Juan para el almuerzo y para que Lola también pudiera estirar las patas. En invierno, los viñedos circundantes lucían aletargados sobre la tierra ocre y gris de La Mancha y las cepas en vaso le parecían como brazos salidos de una tierra sedienta, que se extendían hacia el cielo pidiendo agua. Las tierras de las viñas dejaron paso a la vega del Tajo y ésta dio entrada al cinturón industrial de Madrid que Antonio no tardó mucho en pasar, pues no quería parar a comer hasta Guadalajara.

Aunque Lola era una perra muy vieja y tranquila, tantas horas de viaje acabaron por cansarla y ante los desesperados ladridos machaconamente repetidos, Antonio optó por parar en Medinaceli y pasear un rato para cansar al animal y poder hacer tranquilo el final del camino.

Cuando volvieron a reanudar la marcha, la tarde caía silenciosa sobre las tierras sorianas y tímidamente el sol se iba escondiendo, dejando paso a un arbol que envolvía de luz anaranjada todo el horizonte.

Antes de salir de casa, Antonio se había preocupado de buscar un lugar donde admitieran mascotas. En un principio, pensó en dejar a Lola al cuidado de un vecino, pero después se dio cuenta de que la perra era una más de la familia y tenía derecho a despedir a sus padres tanto como él mismo.

La llegada a Soria ya la hicieron de noche. La perra comenzó a ladrar al ver las primeras luces, pero Antonio sabía que no podía parar otra vez si querían llegar a una hora prudencial. Enfilando la avenida de Valladolid, pronto llegaron al hostel reservado, que tenía nombre de capital europea y estaba justo al lado de la Dehesa, el emblemático parque en el que Antonio pensaba dar eterno descanso a sus progenitores, sabiendo que no estaba legalmente permitido.

Desde fuera, el hostel parecía sencillo, pero bien cuidado. Las cristaleras de la planta baja dejaban entrever por sus cristales esmerilados un ambiente familiar, en el que destacaba un pequeño comedor con manteles y mobiliario de color púrpura y la ilumi-

nada mesa de recepción, detrás de la cuál una mujer joven, casi una adolescente, parecía jugar con su teléfono móvil.

—Buenas noches -dijo Antonio en voz alta en vista de que la muchacha no se percataba de que habían entrado.

—Hola, ¿qué tal? Bienvenidos. ¿Es hembra o macho? -preguntó la chica al ver a Lola mientras se colocaba la mascarilla -.

—Hembra, se llama Lola y yo me llamo Antonio León Jiménez. Tengo una reserva para un par de noches.

—Déjame que lo compruebe. Yo no debería estar aquí, ¿sabes? Mi madre ha dado positivo en covid y me he tenido que hacer cargo del negocio. Sí, aquí lo tengo todo registrado: una habitación doble con mascota. Si me dejas tu carné, te voy haciendo la ficha mientras te instalas. Estás en la primera planta- le dijo al tiempo que extendía su brazo por encima del mostrador para entregarle la llave de la habitación-. Por cierto: me llamo Leonor, como la princesa de Asturias, pero yo nací primero.

Antonio estuvo tentado de responder a la mujer que antes que ella y que la princesa hubo otras “leonoras” famosas y que él precisamente debía su nombre a un grandísimo poeta que vivió en Soria y que se enamoró de una Leonor. Pero no lo hizo y subió en silencio en el ascensor hasta la planta primera.

Como el viaje había sido largo, Antonio y Lola cayeron rendidos, pero al día siguiente, casi al alborar, la perra ya estaba danzando y reclamando atención y comida. Para evitar que los ladridos acabaran por molestar al resto de huéspedes, él se levantó también de la cama, se duchó, vistió y cogió de su maleta las dos pequeñas urnas de latón que contenían los restos de sus padres, pues pensó que a esas horas del día el parque de la Dehesa estaría casi vacío. Ese céntrico jardín, que oficialmente se llamaba La Alameda de Cervantes, era el lugar que más veces había visitado con sus padres y por eso lo recordaba con mucho cariño.

Cuando estuvo listo, salió junto a Lola de la habitación y bajó a la recepción, que en esos momentos estaba vacía. No sin dificultad, abrió la puerta de entrada y enfiló la calle en dirección al cercano parque. Del cielo plomizo se desprendía una especie de aguanieve que se posaba en sus mejillas y le calaba poco a poco la mascarilla que le cubría media cara, pero todo apuntaba a que el sol acabaría por imponerse.

En la Dehesa, cubierta por un tenue manto blanco, Antonio soltó por fin a Lola para que pudiera correr a gusto y buscó un lugar apropiado para hacer su rito de despedida lejos de miradas indiscretas. Pasó primero por las letras gigantes que forman sobre el césped el nombre de la ciudad, pero el sitio le pareció desangelado y entonces recordó que a su madre le encantaban las rosas y que en el parque había una rosaeda que, si bien en enero estaba aletargada, en primavera florecería aromatizando todo el parque.

El día había amanecido nublado y frío, pero a la hora en la que se disponía a esparcir las cenizas de sus padres sobre los rosales, un rayo de sol se coló entre las nubes iluminando toda la escena. De algún modo, Antonio entendió que desde arriba alguien le estaba indicando que lo que había hecho estaba bien y que el sitio elegido era el mejor que podía escoger.

Terminado el ritual, abandonó las urnas en una papelería y se dispuso a salir del parque porque Lola no dejaba de ladrar, enfadada por no haber comido todavía. En su maleta, Antonio había traído comida para perros y en el hostel podía desayunar algo antes de pasar el día recorriendo la ciudad.

—Buenos días. ¡Habéis madrugado mucho! –exclamó Leonor tras abrir la puerta del hostel a perra y dueño-.

—Sí. Lola estaba nerviosa por salir y teníamos cosas que hacer. Hemos estado un rato en el parque -respondió omitiendo conscientemente lo que había estado haciendo-.

—Estaría vacío a estas horas. La ciudad no despierta hasta las ocho o las nueve por lo menos. Como las distancias son cortas, no hay prisa para llegar. ¿Qué vais a hacer ahora?

—Pues lo primero comer algo, que Lola está desfallecida, y luego pensaba ir a dar una vuelta por la ciudad, a ver cómo la encuentro después de tantos años.

—Yo tengo que ir a comprar al mercado. Si quieres, me acompañas y te voy enseñando cosas de camino.

Visitar un mercado era algo que Antonio no hacía desde mucho tiempo atrás. Aunque no vivía con sus padres, era su madre quién se encargaba de proveerle de comida en tartera, cuando no comía o cenaba en su casa. El plan que proponía Leonor no le iba mal del todo, pues él también había previsto pasar su último día en Soria recorriendo la ciudad. Además, esa chica tenía algo que le atraía y no sabía por qué.

Una vez que la perra hubo comido, los tres salieron del hostel en dirección al mercado. En animada charla, ella le contó que acababa de empezar a estudiar en la escuela de Arte, pero que debido a la pandemia no tenían clases presenciales y además, tenía que echar una mano a su madre en el hostel.

Como era muy pronto, decidió dar un largo rodeo y pasar primero por el Museo Numantino, después por el ayuntamiento y más tarde por la plaza Mayor. A medida que avanzaban, Antonio se sentía cada vez más y más cansado. La diferencia de edad con Leonor era tan evidente, tanto externa como internamente, que a su lado él se sentía muy mayor.

El mercado municipal era un edificio nuevo, o al menos Antonio no lo reconocía de sus viajes anteriores. Frente a la sobriedad pétrea de la arquitectura castellana, el conjunto de hierro y hormigón llamaba poderosamente la atención como un faro en mitad del océano. Las paredes rojas del exterior contribuían a destacar más el edificio.

—Yo vengo siempre que puedo a comprar a este mercado: trasmina Soria -le dijo pedantemente Leonor antes de entrar-.

—¿Qué quieres decir? -respondió Antonio dubitativo sin saber si no había entendido bien por el efecto de la mascarilla o porque realmente no sabía qué estaba diciendo-.

—Pues que todo el mercado me huele a Soria: el olor a setas, a trufas, a mantequilla o a torreznos recién fritos... son todos olores tan singulares y penetrantes que me recuerdan lo que de verdad somos.

Entraron en el mercado y mientras Leonor se dirigía a hacer su compra, Antonio se dio una vuelta por los puestos elegantemente decorados y pudo comprobar que además de las clásicas carnicerías, pescaderías y fruterías, también había espacio para los alimentos ecológicos, el pan, las producciones sorianas típicas o los platos preparados. Antonio estaba ensimismado con los puestos y a su cabeza venían recuerdos de buenos momentos compartidos con sus seres queridos entorno a una mesa.

Leonor llegó por sorpresa, ciñéndole por la espalda con espontaneidad. Antonio se sorprendió porque, entre la pandemia y la escasez de relaciones, hacía mucho tiempo que nadie le tocaba y mucho menos una mujer, joven y hermosa como era ella.

—¿Qué te parece el mercado municipal? ¿A que está muy bien?

—La verdad es que me ha sorprendido bastante. No me imaginaba que pudiera haber tanta oferta de alimentos de calidad.

—Me voy a casa a dejar la compra y te vengo a recoger para seguir dando una vuelta. A mí no me toca trabajar hasta la noche y me encantaría pasar más tiempo con Lola.

Al oír su nombre, la perra comenzó a danzar alrededor de Antonio, ladrando y brincando como si le fuera en ello la vida.

—Me parece bien y mientras tú vuelves, yo aprovecho para hacer algunas compras.

La ausencia de Leonor a Antonio se le pasó en un suspiro. Con la correa de Lola entre las manos, apenas pudo recorrer todos los puestos y comprar las setas y trufas que quería llevarse a casa. Cuando ella llegó, los tres se pusieron en marcha primero en dirección a la iglesia de Santo Domingo para ver su fachada románica; luego al monasterio de San Juan de Duero para ver sus arcos entrecruzados de medio punto y finalmente a la concatedral de San Pedro.

Aunque conocía los edificios, para Antonio aquel paseo estaba siendo un redescubrimiento de la ciudad y sus gentes. Se daba cuenta de que cuanto más tiempo pasaba con Leonor, más le gustaba Soria y más le gustaba ella. A pesar de la diferencia de edad y de que él hacía tiempo que había perdido toda esperanza de llenar su corazón, Leonor le movía algo por dentro, como el olmo casi seco del poema de Machado al que le salían hojas nuevas cada primavera.

Se detuvieron a comer de camino a la ermita de San Saturio, patrón de Soria, y Antonio pudo ver por fin toda la belleza que ya intuía tras la mascarilla de Leonor. Limpio de maquillaje, su rostro ovalado tenía todavía un aire infantil, lo que unido a sus grandes y vivaces ojos negros, reflejaban la pureza de su alma.

Pasaron la tarde en la ermita junto al río, disfrutando de su mutua compañía y dejando que Lola corriera a sus anchas entre los árboles yermos de hojas y las hierbas secas que rodeaban el camino. De vez en cuando, se detenían a leer las placas con poemas tallados en piedra que homenajearon a los muchos poetas que cantaron a Soria.

Volvieron a casa cuando las farolas del puente sobre el Duero se encendieron y mientras Leonor caminaba delante jugando con Lola, Antonio se percató de que ella tenía un cuerpo esbelto, pero bien proporcionado, que transmitía seguridad y elegancia.

El paseo de regreso al hostel ya lo hicieron de noche, aunque no era muy tarde. Antonio propuso parar a tomar un café para combatir el frío que empezaba a dejarse notar, pero Leonor argumentó que en Soria “no hacía frío sino fresco” y que ella tenía además que empezar su turno de guardia en el hostel. Antonio recordó de pronto a su madre, que cuando había algo que no salía como ella había previsto decía: “En fin, tendrá que ser así”.

—Si quieres, -le dijo cuando estaban a punto ya de llegar- esta noche te invito a cenar. Tenemos todo el comedor para nosotros.

—Pero ¿tú sabes cocinar? -preguntó incrédulo Antonio- Porque yo he comprado unas setas en el mercado que deben estar muy ricas.

—El revuelto de setas me sale riquísimo. Tú déjame que yo me encargo -respondió Leonor mientras se ponía al frente de la recepción-.

—Oye, ya que estás ahí, si quieres te pago la cuenta y me devuelves el carné, que ya mañana regreso a casa.

—Bueno -respondió ella contrariada mientras le hacía la factura- nunca se sabe lo que puede pasar... El poeta García Nieto tiene un poema que dice “A Soria llegará la primavera...”

—“Siempre hay tiempo de amor para el que espera”. Sí, conozco bien esa poesía porque mi madre, que era soriana, me la recitó muchas veces de niño -respondió sonriente Antonio, alagado por la ocurrencia de la joven-.

—Bien, pues aquí tienes tu factura y tu carné. No te preocupes que no voy a mirar cuántos años tienes. - le dijo sonriendo con los ojos-. ¿A las diez te parece bien la cena? Yo creo que a esa hora esto estará tranquilo y podremos cenar tranquilamente.

—Me parece perfecto. Así me da tiempo a descansar un poco -respondió él al tiempo que le dejaba la tarjeta de crédito para que se cobrara-.

Lola cayó rendida nada más llegar al hostel y costó trabajo hacer que se levantara del suelo de la recepción para subir a la habitación. Una vez dentro, ni siquiera probó la comida para ella que Antonio tenía en la habitación y se tumbó a los pies de la cama escondiendo la cabeza entre las patas, como si no quisiera ver más de lo que había visto.

Él por su lado, se duchó y afeitó y sin vestir, se tumbó sobre la cama y se quedó dormido. En duermevela, soñó

con Leonor y con sus padres, que paseaban juntos por las orillas del Duero y hablaban y reían como si se conociesen de toda la vida. Al cabo de un par de horas, se despertó y comprobó en el móvil que le quedaba poco tiempo para la cita. Lola seguía descansado tranquilamente a sus pies y aunque abrió los ojos al verle levantarse, volvió a cerrarlos y a roncar plácidamente como hacen los perros.

Antonio se vistió sin hacer mucho ruido y bajo las escaleras hasta la planta baja donde Leonor esperaba tranquilamente detrás del mostrador.

—Hombre, ¡qué puntual has sido! Con la paliza a andar que te he dado esta mañana, yo pensaba que te iba a tener que despertar para cenar.

—No, no. Los mayores tenemos un reloj biológico que nos despierta cada dos horas. Ya lo verás dentro de unos años - le respondió él con media sonrisa-.

—Pues yo no he podido preparar la cena. Me he puesto a mirar el móvil y se me ha pasado el tiempo volando.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba. No te veía yo como a una buena cocinera

—¿Quieres que pida algo o prefieres que mire en el frigorífico a ver qué encuentro?

—El frigorífico. Por mí, cualquier cosa está bien.

Acompañada de Antonio, Leonor se dirigió a la cocina. Para su sorpresa, en el frigo había restos de la comida del día: migas y torreznos. Aunque el menú no era nada sofisticado, a Antonio los ojos le hicieron chiribitas, pues hacía mucho tiempo que no comía manjares semejantes. En la misma cocina, vistieron una mesa, abrieron una de las botellas de vino que tenían en la despensa y se dispusieron a degustar las ricas migas, a las que siguieron después un surtido de chorizos y chacinas.

La conversación fluía como si los dos fueran viejos amigos que se habían reencontrado, ajenos a la pandemia y a todo. Sus manos empezaron a rozarse primero sin querer y luego a propósito y sus ojos se miraron queriendo hasta que en un momento dado sus labios se encontraron.

—Creo que va siendo hora de que me retire -dijo Antonio temeroso de lo que pudiera pasar si seguían allí juntos-.

—¿Tú crees? Yo estoy muy a gusto y tenemos más vino guardado.

—Ya, pero no sé si debo seguir bebiendo porque puedo hacer cosas que luego lamentaré...

Antonio soltó la mano de Leonor y se levantó lentamente de la silla. La miró con una mezcla de sentimiento de culpa y arrepentimiento, pero salió de la cocina y se dirigió a su habitación sin mirar atrás. Cuando llegó, se desvistió sin hacer ruido para no molestar a Lola y se metió en la cama aun sabiendo que le iba a ser muy difícil conciliar el sueño.

Al poco tiempo se abrió la puerta de su habitación y Leonor entró veloz, deslizándose entre las sábanas. En un principio, Antonio se sorprendió, pero después se rindió a su naturaleza. Los dos se besaron una y otra vez y después, él recorrió con la yema de los dedos la silueta de Leonor, como si quisiera retener en su memoria todas las curvas de su cuerpo, y se fundió con ella.

La noche pasó volando, como había pasado el día anterior, y antes de amanecer Antonio se levantó despacio y guardó sus cosas en la pequeña maleta. Lola ya estaba despierta y aunque no ladraba, se movía nerviosa de la cama a la puerta y de la puerta a la cama.

Leonor seguía durmiendo exhausta y ni siquiera notó que Antonio se inclinó hacia ella para darle un último beso.

Ya clareaba en Soria cuando Antonio y Lola fueron a buscar el coche, que al estar aparcado a la intemperie tenía una fina capa de hielo sobre ambas lunas. La perra se acomodó en el asiento de atrás nada más abrir la puerta y Antonio limpió con paciencia infinita los cristales. Cuando hubo terminado, arrancó el coche y se dispuso a dejar la ciudad sabiendo que una parte de él quedaba en ella. ■